



Proceso de construcción de los posicionamientos políticos, sindicales y educativos del SUTEBA

Capítulo III

“Inventar los caminos”

(O cómo volcar a favor del maestro y de la escuela pública la opinión mayoritaria)

1997-2000

La lucha de la Carpa Blanca. La nacionalización del conflicto docente. El desmascaramiento de la Reforma Educativa. El consenso social en la defensa de la Educación Pública. El impacto de la lucha docente en el cambio del consenso social hacia el menemismo.

Textos

“Hoy somos todos docentes”

*(Editorial La Educación en nuestras manos N° 46 – Junio 1997
En coautoría con Marta Maffei)*

“Nada puede justificar que bajemos los brazos”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 49 – Marzo 1998)

“Nada debe parecer imposible de cambiar”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 50 – Abril 1998)

“Con exclusión no hay transformación educativa”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 54 – Marzo 1999)

“Despertando del sueño profundo”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 55 - Abril de 1999)

“Abrir nosotros las puertas que históricamente se nos han cerrado”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 56 – Junio 1999)

“Con pensamiento propio”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 58 – Marzo 2000)

“Hoy somos todos docentes”
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 46 – Junio 1997
En co-autoría con Marta Maffei)

Cuando CTERA resolvió hace dos meses la instalación de la Carpa Blanca iniciando el ayuno docente, había transcurrido casi un mes del comienzo del ciclo lectivo 1997 que, como tantos otros, aparecía signado por el conflicto: Río Negro, Neuquén y San Juan no habían empezado las clases, Salta, Jujuy, Tucumán y Catamarca, para aludir sólo a los casos más patéticos, preanunciaban lo que hoy está ocurriendo como expresión de la desesperación y la impotencia.

En esas condiciones reclamamos insistentemente e infructuosamente un ámbito de concertación para solucionar el desfinanciamiento crónico de la educación pública y terminar con el ajuste permanente, los recortes salariales, las deudas, los pagos en bono, los despidos encubiertos y la precarización del trabajo docente.

Pero las autoridades seguían -y aún después de dos meses de ayuno siguen- aferrados a la retórica de una reforma que, con docentes pauperizados y degradados profesionalmente, es como esos espejismos que se alejan a medida que se avanza hacia ellos.

En la solicitada publicada en todos los diarios del país el 4 de junio, la Ministra Susana Decibe incursiona una vez más en el terreno de la realidad virtual de los supuestos "logros" que "explicarían" la postración salarial de los educadores: incremento de la matriculación escolar, capacitación, definición de nuevos contenidos.

Sin embargo, ese abismo interpuesto entre el lujo y los oropeles del Palacio Pizzurno y el ascetismo de la Carpa Blanca, dejó de ser un espacio vacío a medida que se fue llenando con el apoyo multitudinario al reclamo del financiamiento educativo manifestado desde los más diversos sectores de una sociedad que tomó partido identificándose con la frase "*Hoy somos todos docentes*".

Contrariando las especulaciones de quienes apostaron a que esa suerte de "*hospital de campaña de las víctimas docentes del Estado*" -como lo definiera algún funcionario- pronto se convertiría en parte del paisaje, el ayuno trascendió la expresión del conflicto sectorial para expresar a la inmensa mayoría de los argentinos que intuye detrás de las políticas oficiales un largo adiós a la escuela pública como institución propiciatoria de movilidad social ascendente basada en la igualdad de oportunidades y de posibilidades.

Más de dos meses de ayuno no sólo ha actuado como un corrosivo sobre la coraza de la insensibilidad del gobierno que, bajo la consigna "Ministerio sin docentes y sin escuelas" se limitó desde la transferencia de 1992 a ser un frío espectador de los conflictos en las provincias. Ha servido para alimentar un debate público en el que la retórica oficial aparece cuestionada por interrogantes que los gobernantes ya no pueden seguir archivando como "cosa juzgada". ¿Es lícito -en nombre de un mal entendido federalismo- renunciar, como consecuencia natural de la desigualdad global de los recursos con que cuenta cada provincia, al objetivo de brindar igualdad de oportunidades en materia educativa a cada uno de nuestros niños y jóvenes desde La Quiaca a Tierra del Fuego?

¿Es válido aceptar que, en el marco de la contracción del gasto público, se pretenda seguir costeadando a expensas de los salarios docentes las mayores erogaciones derivadas de la tendencia histórica al aumento de la matrícula escolar?

¿Es posible plantearse el objetivo de una educación de calidad y a la vez degradar el salario docente a límites nunca antes conocidos?

¿Vale resignarse a que en esta Argentina donde los que menos tienen pagan y los que más tienen evaden, la solución pragmática consista en seguir esperando el desborde en la copa de la acumulación de las riquezas para que algún día, de alguna próxima década, naturalmente existan recursos suficientes?

¿Es posible no advertir en el consenso social que rodea al ayuno docente, que estamos ante la oportunidad histórica de generar un Fondo de Financiamiento Educativo que sea una solución eficaz y duradera en el tiempo, para que no volvamos a estar en marzo del año que viene en el punto de partida?

Creemos que la inmensa mayoría de los argentinos ha respondido a estos interrogantes con la adhesión a la consigna: *“Hoy somos todos docentes”*.

Ahora hace falta de las autoridades y los legisladores que todavía no escucharon, una respuesta acorde con esta sociedad que clama por la escuela pública con la misma intensidad con que demanda trabajo, salud y justicia.

“Nada puede justificar que bajemos los brazos”
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 49 – Marzo 1998)

Los trabajadores de la educación, que cotidianamente enfrentamos los problemas de una niñez y de una juventud que aparecen como el sector más vulnerable frente a esta crisis, somos los primeros interesados en producir cambios reales que hagan que la escuela recupere el espacio de construcción de utopías sociales que en otro momento supo tener. Pero para esto hay que empezar por sacarse las vendas de los ojos y no caer en la hipocresía. En un país donde sistemáticamente se destruye el trabajo hay que recordar que el trabajo contiene, da proyecto de familia, genera clima de satisfacción en el hogar, tal como se sostiene en un trabajo del cura Carlos Cajade referido a la delincuencia juvenil. La desocupación puede leerse en términos de mera estadística o como la amputación del futuro de una inmensa mayoría de nuestros jóvenes

La sociedad está en crisis, la familia está en crisis, la escuela también está en crisis. Frente a esto caben dos actitudes: la de las autoridades, en su fuga hacia adelante, en ese juego permanente de elusión de las responsabilidades; o la de quienes, asumiendo la responsabilidad que nos cabe como trabajadores de la educación, pretendemos encontrar caminos que posibiliten resolver, o al menos atemperar desde nuestro ámbito de acción, la profundidad de esa crisis.

Por eso existe desde hace casi un año la Carpa Blanca y un Ayuno Docente. Por eso nos pusimos de pie para descender, desde esta actitud de lucha y compromiso, el velo de la hipocresía oficial. Ese fue el valor de nuestra decisión: deshilar el color rosa de la propaganda oficial donde la escuela aparecía como una isla de la fantasía en la que mágicamente se iban a resolver los problemas de nuestros niños y de nuestros jóvenes. Ese fue el valor de haber mantenido una crítica sustentada en los propios elementos de la realidad para poner en entredicho las supuestas bondades de una Reforma educativa que se hizo más pensando en los tiempos electorales y en los réditos políticos que en la superación de los problemas que hoy afectan por igual a maestras, profesores, estudiantes y padres. La fuga hacia adelante, la manipulación de las cifras, la prestidigitación con las palabras para tratar de mostrar lo que no existe y tratar de ocultar lo que sucede es la conducta reiterada y recurrente de las autoridades.

De la mano de estas actitudes zozobra hoy una Reforma sin brújula pedagógica, sin racionalidad y sin consenso, que hasta antes de la derrota electoral del oficialismo se sustentó casi exclusivamente en el doble mensaje de la edulcorada propaganda oficial y el autoritarismo ejercido a rajatabla hacia el interior de las instituciones educativas. El docente no como sujeto de esa transformación sino como el mero objeto de formar; el presupuesto educativo no como una inversión hacia el futuro sino como una forma sucedánea del gasto público; el alumno no como futuro ciudadano a forjar en la fragua del pensamiento crítico y de la formación científica, sino como elemento a contener en el contexto de políticas inspiradas en una combinación perversa de la marginación social, el asistencialismo y la destrucción sistemática de las perspectivas de futuro para nuestros hijos.

Esta es la realidad que debemos cambiar para poder enfrentar los reales problemas de la crisis de la escuela en la búsqueda de soluciones. Es falso que no sea posible hacerlo, es mentira que debamos resignarnos a que en los ámbitos educativos se imponga la ley de la selección del más fuerte, no es verdad que el destino de la escuela pública sea simplemente dar contención social a aquellos que menos pueden. La escuela pública, la que nosotros hemos defendido y en la que nos hemos formado, fue expresión de las posibilidades de una movilidad social ascendente. Aceptar que esto es inmodificable, que no es más que la nueva configuración social que deviene de los tiempos de la globalización, sería aceptar que ya no tiene razón de ser nuestra propia vocación y los principios en

los que fuimos formados como docentes.

Nada puede justificar que bajemos los brazos. El inmenso apoyo recibido por los docentes en la Carpa Blanca, el consenso social que hoy acorrala al gobierno frente a una opinión pública mayoritaria definida a favor del financiamiento de la educación y de que el Estado Nacional reasuma el rol de garante del derecho constitucional de igualdad de oportunidades y posibilidades a todos nuestros hijos, constituyen indicios incontestables de que nuestra lucha debe continuar hasta lograr el objetivo que nos hemos planteado.

Hoy nadie duda de que no hay transformación educativa posible en el marco del permanente ajuste sobre la escuela. También de que es imposible hablar de grandilocuentes reformas con docentes que tienen salarios miserables, trabajando en dos y tres cargos, deambulando por varias escuelas, sin tiempo para reflexionar, sin tiempo para planificar, sin posibilidades de capacitarse de manera sistemática y con basamento científico.

Que se cayera el velo de la mentira oficial, que se tomara insostenible la posición de las autoridades frente a la degradación del trabajo docente y frente a la destrucción sistemática de la escuela media y de las ramas especiales de la educación, eran el pre-requisito necesario para iniciar el camino que nos permitiera reencontrarnos con nuestra vocación, con nuestra dignidad y con la construcción de una verdadera transformación educativa sustentada en la participación de los docentes y en la valoración de sus conocimientos y saberes.

El próximo 2 de abril cuando se cumpla un año de Ayuno Docente en la Carpa Blanca (...)

será el momento de demostrarles que no se ha extinguido ni nuestro compromiso ni nuestra voluntad de devolverle a nuestro trabajo y a nuestros alumnos la valoración de la que fuimos despojados a los largo de todos estos años.

El día 2 de abril en definitiva será el momento de demostrar que así como en el terreno de la impunidad hubo un antes y un después del caso María Soledad Morales, en la lucha por la defensa de la educación pública habrá un antes y un después del Ayuno Docente.

“Nada debe parecer imposible de cambiar”
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 50 – Abril 1998)

*No acepten lo habitual
como cosa natural,
pues en tiempos de desorden,
de confusión organizada,
de arbitrariedad conciente,
de humanidad deshumanizada,
nada debe parecer natural,
nada debe parecer imposible de cambiar.*

Bertold Brecht

Intentaron mostrarnos como natural la pobreza, como natural la marginación. También mostrarnos como natural que en la educación los que definían eran los ministros de educación o los tecnócratas o los asesores internacionales; todos esos que pontifican acerca de reformas educativas que la mayoría de las veces no tienen nada que ver con nuestras necesidades ni con nuestra prioridad.

Dentro de este orden natural, lo natural por supuesto era el docente como un simple ejecutor, como un objeto. Contraviniendo esa suerte de ley de lo que es natural, un día dijimos "la educación, en nuestras manos": esa educación que estaba en nuestras manos cuando se trataba de poner el cuerpo en la escuela, cuando se trataba de educar por el afecto, cuando se trataba de realizar todos los días el prodigio de trabajar con un sueldo miserable y ser capaces de vencer la adversidad.

Dijimos: hagamos natural que nosotros podamos transformarnos en los sujetos de la educación.

Empecemos a rescatar esa experiencia rica en conocimientos, esa experiencia que fecunda la mejor teoría de la educación, que es aquella que se interrelaciona con la práctica y con la realidad

cotidiana que queremos cambiar. Empecemos a abrir un espacio para que los aportes -muchas veces anónimos, muchas veces acallados o dejados de lado por las autoridades- de los compañeros que trabajan en las escuelas empiecen a tener un medio para expresarse. Que el que trabaja en la escuela del conurbano, o en la villa, o en una escuela rural, que tal o cual pensador hoy acallado porque no está a tono con la ideología del liberalismo, todos comencemos a tener nuestro espacio de expresión. Que le demostremos a los que dicen que sólo ellos tienen la formación científica, la doctoría realizada o la representación de algún organismo internacional, que existe la posibilidad de construir un pensamiento distinto para la escuela pública.

Un pensamiento y una práctica educativa vinculadas a la realidad, a los intereses, a la historia de nuestra gente. Caminos alternativos a los que hoy se nos quieren mostrar como los únicos posibles en el marco de esto que ellos llaman la modernización del neoliberalismo.

Ese fue el desafío. Empezamos con apenas cinco mil números, con más voluntad y más sueños que medios materiales y la revista fue creciendo. Hoy el título de la revista sigue siendo la convocatoria a la utopía.

Porque seguimos luchando para que algún día eso se convierta en realidad. Desde esta revista, que para nosotros es un instrumento de lucha, desde la Carpa Blanca, desde cada ámbito en el que intentamos gestar pensamiento con nuestros compañeros, desde cada lugar en esta inmensa construcción colectiva que es la CTERA y el SUTEDA. Buscando caminos distintos para encontrar respuestas superadoras a las que ellos nos imponen para bloquearnos la posibilidad de que la escuela pública sea un espacio para la construcción de la utopía.

Luchamos para que la Educación en nuestras manos signifique la educación en manos de nuestros alumnos, de nuestros estudiantes.

Educar consiste, nada más ni nada menos, que en formar futuros hombres, futuras mujeres que, en este tiempo de humanidad deshumanizada del que habla Brecht, tengan la capacidad de no aceptar lo habitual como cosa natural.

Educar en los tiempos que corren, entrena para nosotros docentes el compromiso de ser capaces de suscitar la duda, el asombro, la capacidad crítica; para que nada termine pareciendo natural.

Educar consiste desde nuestra perspectiva en el compromiso de dotar a nuestros niños y jóvenes de las herramientas como para que nada aparezca como definitivamente imposible de cambiar.

Este es el núcleo de la disputa por una escuela pública sin exclusiones, por una escuela pública en la que logremos desterrar la penalización del pensamiento.

En la que la libertad, el conocimiento, la solidaridad, la alegría sean el manejo de hilos con los que, en una gran tarea colectiva, tejamos de igual a igual con nuestros chicos y nuestros jóvenes ese futuro que todos anhelamos y del cual nos hemos hecho merecedores.

Esta herramienta que hemos dado en llamar La Educación en nuestras manos es el modesto aporte desde el cual contribuimos en el espacio de las ideas, en el espacio de la indagación teórica, hacia la construcción de esa utopía.

A 10 años de la Marcha Blanca, a más de un año de ayuno desde la Carpa de la Dignidad es un buen momento para congratularnos de estos cincuenta números de nuestra revista que hoy llega a más de 40 mil compañeros.

Gracias a los que la hicieron y la hacen posible.

Y fundamentalmente gracias a quienes cotidianamente en cada escuela, en cada aula, le dan sentido a que la Educación en nuestras manos siga siendo la convocatoria permanente a no bajar los brazos y a seguir la lucha.

A quienes están demostrando que nada debe parecer imposible de cambiar.

“Con exclusión no hay transformación educativa”
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 54 – Marzo 1999)

Cifras publicadas recientemente por el Diario Clarín dan cuenta del alarmante crecimiento de la pobreza, que sólo en el conurbano y la Capital Federal, afecta a más de tres millones de personas.

Para los docentes de la provincia de Buenos Aires, estas frías estadísticas se corporizan dolorosamente en realidades de carne y hueso con las que día a día nos encontramos en las aulas.

Desde el discurso oficial tratarán de convencernos de que estas grietas sociales forman parte del orden natural de las cosas: así como suceden las catástrofes climáticas suceden las crisis económicas en el mundo de la globalización; así como las leyes de la naturaleza determinan que los más fuertes sobrevivan a expensas de los más débiles, el curso "natural" de las leyes del mercado hace que la riqueza tienda a acumularse y la pobreza tienda a expandirse. El presidente Carlos Menem, cuya única obsesión en medio de este desastre pareciera ser perpetuarse en el poder, alguna vez lo tradujo: "pobres hubo siempre".

Quienes no aceptamos esta teoría sabemos que existe una estrecha relación entre marginación educativa y pobreza. Si quienes gobiernan no tienen la voluntad de propiciar una distribución más justa del ingreso nacional -garantizando, por ejemplo, la igualdad de posibilidades en materia educativa- el crecimiento de la economía puede estar disociado de un mejoramiento en la calidad de vida de la población.

El mismo informe de Clarín señala que a pesar de que en los años 96, 97 y 98, la riqueza total del país se incrementó en casi 40 mil millones de dólares, la pobreza, la marginación y el desempleo siguieron creciendo.

Los trabajadores de la educación lo hemos sufrido en carne propia, a través del congelamiento de nuestros salarios y en la vivencia cotidiana de la extensión de la miseria en las personas de nuestros alumnos.

La dualización social con ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres tuvo su correlato en la dualización de la realidad intentada desde un discurso oficial que nos habló del ingreso de los argentinos a la globalización de la mano de una reforma que iba a producir el gran cambio educativo, y por el otro lado la realidad a la que nos enfrentamos: la imposibilidad de sostener el proceso de enseñanza aprendizaje en el contexto de comunidades educativas corroídas por la lacra de la miseria, y no poder trabajar como quisiéramos frente a la sobrecarga de tareas que nos impone sobrevivir con salarios miserables.

Lo vemos también en la inmensa paradoja de querer extender la obligatoriedad de la enseñanza y del acceso a la escuela pública al mismo tiempo que se implanta un modelo económico que se define a partir de la exclusión social y la generación de desempleo. Una investigación realizada por la CEPAL -que entre otras cuestiones señala la distancia sideral que en inversión educativa por alumno y en el salario docente existe entre la Argentina y los países de Europa, aparece como conclusión un dato abrumador: de cada cien chicos que provienen del 40% más pobre de la población, menos de la mitad permanecen en el sistema en el 5to. año de escolaridad y tan sólo diez persisten el 9no. año.

Esto reafirma que mientras la aplicación salvaje de la hegemonía del mercado condicione las decisiones del Estado y lo haga desertar de su papel de garante de condiciones mínimas de justicia social, seguirá siendo un problema irresoluble la extensión de la obligatoriedad, la transformación educativa en términos de progreso y la construcción de una mística participativa, capaz de convocar a los docentes a formar parte de una verdadera reforma.

Dignificar el salario de los trabajadores de la educación y retomar el concepto del gasto educativo como inversión social son los puntos de partida inexcusables.

A los trabajadores de la educación nos cabe el compromiso de seguir luchando desde la Carpa Blanca, la escuela o la calle por el logro de estas demandas.

También no rehuir al compromiso de construir colectivamente desde nuestros saberes y desde nuestra experiencia una propuesta para ser presentada ante la sociedad y ante quienes lleguen al gobierno al fin de la era menemista.

Por eso estamos convocando desde la CTERA, y desde el SUTEBA en la provincia de Buenos Aires, a un debate que intentará vertebrar una propuesta alternativa a la vigente ley federal de educación que involucre la voluntad y el pensamiento de los docentes de todo el país. (...)

Es un año de incertidumbres, pero también de esperanza.

Quizá se esté alumbrando el fin de la década menemista, que marque el tránsito hacia la

construcción de nuevos tiempos en los que recuperar la educación pública sea también la forma de recuperar la alegría de enseñar.

“Despertando del sueño profundo”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 55 - Abril de 1999)

La reflexión en torno al tema de "Escuela y poder" que propone el presente número de nuestra revista, suscita diversos planos de abordaje desde los que podemos repensar críticamente el papel del trabajador de la educación, tanto en el plano individual como colectivo.

Hace aproximadamente cuatro años, una Asamblea de Ministros de Educación de todo el planeta convocada por el BID, concluía que los planes de descentralización de los sistemas educativos aplicados fervorosamente por los gobiernos de los países en desarrollo, tenían como motivación, más que cuestiones vinculadas a lograr mejoras en ese terreno, el desmembramiento de la fuerza sindical de las organizaciones de los educadores que casi sin excepciones aparecían para esos gobiernos como frentes de oposición a la aplicación de las políticas de racionalización y reformas inspiradas en el discurso neoliberal.

A decir verdad nos sorprendió entonces el sinceramiento que implicaba dicha conclusión, aunque aludía a una realidad que nos era totalmente familiar.

Esta referencia remite a una cuestión que se verifica con mucha nitidez en los últimos años en América Latina, donde los sindicatos docentes han desarrollado una capacidad muy alta de protagonismo en las luchas contra la imposición de las recetas economicistas que incluyen la cuestión educativa en el paquete de las reformas estructurales del Estado.

Estos cambios han ido de la mano de la consolidación del discurso único -"es esto o el caos"- y de la entronización de las élites tecnocráticas que, como depositarias de ese discurso único, se constituyen en los dueños absolutos de las llaves que abrirán las puertas de la modernidad. De este auge de la visión tecnocrática, que ha hecho estragos en el terreno de la economía desde la irrupción de los Chicago boys que comenzaron a diseminarse por América Latina, no ha quedado a salvo la educación. La educación ha tenido y tiene desde entonces también su cría de Chicago.

La irrupción de la tecnocracia supuso la naturalización del despojamiento del docente de su condición de sujeto activo, crítico y pensante en la construcción del proceso educativo, tanto en el plano colectivo como individual.

Esto supuso la ruptura de la idea del consenso y la participación de los gremios docentes en la definición de las propuestas educativas.

Pero caló más hondo. También se internalizó esta concepción en la escuela, prohió la idea del educador en blanco. Para ello, además del discurso neoliberal dirigido a mostrar como algo natural que de educación deben opinar sólo los dueños del saber (tecnócratas) con certificado extendido en el Primer Mundo, se promovió el sueño profundo del docente, como el estado ideal para convertirlo en ejecutor automatizado de los "nuevos diseños" educativos.

La flexibilización laboral de facto, el disciplinamiento por la vía del temor a la pérdida del cargo, la coherción permanente por vía oral y el autoritarismo, fueron el soporte de este intento de institucionalizar el prohibido pensar-discutir-comunicarse.

Este intento de desorganización -en el plano colectivo- y despersonalización -en el individual- tuvo hasta no hace mucho su momento de auge. En la provincia de Buenos Aires la maquinaria burocrático-disciplinadora, producto de nuestras luchas, de los reveses electorales y de la resistencia obstinada de muchos compañeros en el plano individual, empieza lentamente a desarticularse. Sin embargo, no debemos ocultarnos que ha hecho estragos.

El exponente patético de esto lo encontramos en ese docente que, con la misma naturalidad que sostiene que "los padres no tienen por qué opinar de lo que se hace en la escuela", acepta que él mismo no tiene por qué opinar acerca de lo que los gobernantes deciden con respecto a la educación.

Sin embargo, hacernos cargo de esta realidad no implica ni una visión fatalista ni mucho menos resignada. Basta con ver el dinamismo que le hemos aportado los trabajadores de la educación aquí

y en toda América Latina a los combates sociales de los últimos años, para advertir que no estamos en retirada.

Por el contrario, toda la lucha desarrollada desde el SUTEBA y la CTERA a partir de la Carpa, tiene el mérito de haber podido recuperar la ofensiva, en una disputa que tiene como núcleo reapropiarnos de la condición de sujetos de la que intentaron despojarnos el día en que nos pretendieron dar el lugar de objetos a convertir, en el paquete de la reforma educativa.

En un modelo de sociedad basado en la exclusión y la aplicación del darwinismo social más descarnado, sólo desde una postura transgresora en todos los planos de la relación con el poder, será posible inventar los caminos que nos permitan seguir sustentando que la educación tiene que ser una herramienta para construir seres dignos, libres y solidarios.

“Abrir nosotros las puertas que históricamente se nos han cerrado”
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 56 – Junio 1999)

El pasado 26 de junio más de 600 delegados de todo el país votaban la propuesta educativa de los trabajadores de la educación. Todos tuvimos en ese momento la misma sensación, la de haber concretado un avance sustancial en la lucha de la CTERA. Lo que se estaba aprobando demostraba que los trabajadores estamos en condiciones de concretar propuestas para enfrentar a aquellos que nos quieren convencer de que hay un solo camino posible. (...)

Enfrentamos un enemigo muy poderoso. No es solamente el gobierno menemista, es una red que se expresa a través del FMI, que opera como una especie de gobierno que no reconoce fronteras e impone políticas. Y son esos grupos económicos transnacionalizados que han logrado sujetar en un pensamiento único a los partidos políticos, a organizaciones sindicales, a organizaciones sociales y que extienden su largo brazo a través de los medios de comunicación masivos tratando de formar la subjetividad de los sectores populares.

Que utilizan la desocupación como disciplinador social, que se apropian de los beneficios del Estado, que han logrado establecer un estrecho desfiladero en torno al cual definen la gobernabilidad en términos de status quo. En una Argentina donde hay más de 13 millones de pobres, donde más de las dos terceras partes de los trabajadores, o pierden su trabajo o trabajan en condiciones precarias, la estrategia que se plantean es la de convertir la desigualdad en un camino sin retorno e instalar la idea de que el mercado puede regir de manera absoluta los destinos de la Nación.

Las leyes del mercado aplicadas en el terreno educativo, son las que generaron la transferencia de los centros educativos de la nación a la provincia. Intentaron convencernos de que era lógico y natural que las provincias más pobres tuvieran sistemas educativos más pobres, que los docentes de las provincias más castigadas económicamente estuvieran también en términos salariales más castigados. Esa Ley se originó en un compromiso con el FMI en el año 1992 y fue la madre del agravamiento de la crisis que hoy padecemos con la educación pública. Pero para ellos no basta con este desfinanciamiento crónico y con este grado de exclusión de la escuela pública, el objetivo estratégico es lograr que en un mediano plazo la educación se convierta en la Argentina en una mercancía de consumo corriente. El horizonte que se han trazado es que la escuela pública termine siendo un sistema de emergencia para aquellos que viven en exclusión social; que haya una educación para los que van a mandar y otra para los que van a tener como único destino ese purgatorio que es un mercado laboral flexibilizado.

En este escenario no admiten que aparezcan sujetos sociales que generen poder propio, con capacidad de originar propuestas en una construcción colectiva y democrática. Mucho menos admiten que esos nuevos sujetos sociales sean capaces de articular con otros sectores del campo popular y generar fuerza para modificar el gobierno y el rumbo de las decisiones que ellos toman. Ese es el gran pecado de la Carpa Blanca. No están dispuestos a admitir que desde una organización de trabajadores hayamos logrado modificar la forma en que se distribuye la riqueza en la Argentina. La lucha por el financiamiento educativo, por la dignificación salarial de los trabajadores de la

educación, contra la naturalización de la desigualdad y la pobreza forman parte esencial del núcleo de la disputa. No es posible imaginar la escuela pública que queremos y que diseñamos en las propuestas que estamos haciendo, en este marco de desfinanciamiento, de destrucción en términos salariales del trabajo docente, ni de políticas que condenan a nuestros alumnos a la exclusión.

Seríamos inocentes si pensáramos que podemos tener una hermosa ley nacional de educación con el actual nivel de ajuste económico que se ejerce sobre la educación pública. O que cuando digamos que esta propuesta tiene el aval del conjunto de los trabajadores de la educación del país se nos van a abrir las puertas del Congreso para poder sancionar una nueva ley. Esto va a ser posible si somos capaces de generar la fuerza organizada y la movilización popular necesarias como para abrir nosotros las puertas que históricamente se nos han cerrado. (...) Para un sistema cargado de injusticias como éste, más importante que la adhesión parcial de los que se privilegian es la indiferencia de las grandes mayorías, porque en esa indiferencia es donde ellos pueden avanzar. Desde la Carpa Blanca buscamos romper esa indiferencia, entendimos que no había posibilidad de avanzar en esta lucha si el conjunto de los sectores populares seguía apareciendo en una posición neutral. Había que volcar a favor del maestro y de la escuela pública la opinión mayoritaria y eso fue lo que logró la Carpa Blanca, el ayuno y la movilización de los docentes. (...)

Nuestra lucha no va a parar hasta que la ley se cumpla. Ese es el compromiso que hemos asumido frente a la comunidad y a nuestro pueblo. Y en esta lucha tenemos que ser capaces de hacer que lo que expresamos como propuesta para el sistema educativo, como propuesta para terminar con esta reforma educativa, podamos concretarlo en una futura ley nacional para escuelas públicas, como nosotros la queremos llamar. La única fuerza capaz de llevar adelante esta lucha es la que seamos capaces de construir con cada compañero docente poniéndose de pie, enfrentando la política de la desigualdad, enfrentando la injusticia. La que construyamos juntos desde cada lucha en cada lugar para hacer de la Argentina el país de la educación y de la justicia social.

“Con pensamiento propio”

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 58 – marzo 2000)

El 30 de diciembre del año pasado, después de una larga travesía de 1003 días, el Ayuno Docente llegó a su fin. Habíamos logrado, finalmente, la incorporación de 660 millones de pesos del Presupuesto Nacional al Fondo de Financiamiento Educativo. (...)

Más allá de todo lo que queda por hacer. Más allá de la inquietante presencia al frente de la cartera educativa de un hombre como Juan Llach, identificado con esa concepción mercantilista y privatizadora que conforma el pensamiento dominante de la tecnocracia neoliberal. Más allá de los avatares por venir, entiendo que nos merecemos un abrazo simbólico entre todos aquellos que desde el SUTEBA y desde la CTERA fuimos parte de esta lucha.

Cuando se gana una gran batalla como ésta, por pequeño que pueda parecer el triunfo, seríamos injustos con nosotros mismos si no nos diéramos esa posibilidad.

Y ese abrazo simbólico no puede dejar de involucrar a los 1400 ayunantes de los 86 grupos que pusieron el cuerpo y el alma en esa Carpa. Y hay que extenderlo también a las 2800000 personas que visitaron la Carpa a lo largo de esos 1003 días, dándonos el sustento que nos mantuvo de pie frente a los embates y la insensibilidad del gobierno menemista.

El periodista Pasquini Durán, en la nota de tapa del diario Página 12 al otro día del levantamiento de la Carpa Blanca, captó como ninguno la esencia de esa lucha. Vale transcribirlo, para expresar con palabras el sentido de este abrazo.

"Les tomó mil días, para no contar más lejos, obtener un modesto aumento de salario, alrededor de sesenta pesos mensuales, pero la comparación no mide el tamaño de la reivindicación sino la desmesura de la injusticia que los atormentaba, la misma que desalienta a otros millones de argentinos.

Sin violencias, con imaginación y entereza, instalaron nuevos métodos para la lucha gremial, resistieron los empellones del poder altanero, soportaron la fatiga propia y la ajena, eludieron las tentaciones de la rendición anticipada, desoyeron los consejos maliciosos y demandaron hasta conseguir, en la libertad democrática, el mandato de la ley. Probaron, con toda evidencia, que

ninguna razón de la economía es superior a la condición humana.

Cuando ayer desarmaron la Carpa Blanca, festejaban la victoria de otra etapa cumplida, en una larga historia que aquí no termina, para beneficio de la escuela pública. Con el mismo acto dejaron inaugurada la esperanza para el desamparo de tantos, que desde ahora tendrán un espejo donde mirarse. Se puede y se debe, enseñaron sin pizarrón ni tiza pero con legítimo orgullo.

Con el paso del tiempo, tal vez se extraviarán en la memoria los nombres de los mil quinientos ayunantes, pero eso no importa. Igual serán leyenda en el imaginario popular, porque así se cuentan los sueños, porque así se recuerdan las epopeyas de los mansos. La Carpa Blanca fue un espacio abierto para el encuentro de nobles sentimientos. Desfilaron hombres y mujeres de todas las disciplinas o ideologías, famosos y anónimos, artistas y filósofos, líderes y ciudadanos de a pie, padres y alumnos, para exponer solidaridad y respeto, pero también para sostener en alto la emblemática ilusión de un triunfo popular verdadero. Hay pocas batallas sindicales que lograron semejante plebiscito en el país y en el mundo".

Lo que viene de aquí en más no será fácil. Ya se escuchan las voces de los que vuelven a la carga para intentar avanzar, quizás por otros caminos y con un discurso "aggiornado", siguiendo la estela de las recetas que el Banco Mundial y la pléyade de tecnócratas que le son funcionales, promociona en países como el nuestro sometidos a duras políticas de ajuste que tienen en la mira a la educación pública y al sector docente.

Pero, sin duda, será menos difícil con esta CTERA cohesionada, con pensamiento propio y con capacidad de gestar consenso social que emerge al cabo de estos 1003 días de lucha desde la Carpa Blanca.

Suteba 